

miento general, no sucede lo mismo respecto de sus aplicaciones especiales.

Estos son problemas en que durante muchos siglos se ejercitará la imaginación sola sin el auxilio de la ciencia.

Colocando esta visión, después de la discusión del católico y del protestante, el autor ha demostrado magníficamente así, cuánto sobrepaja la contemplación general de la naturaleza en su grandeza poética, á todas las disertaciones metafísicas y sobre todo dogmáticas.

Pero no es solamente bajo el punto de vista astronómico sobre que debemos hacer notar la madura opinión del sabio presidente de la Sociedad Real de Inglaterra. No habrá dejado el lector observar en las precedentes páginas, la doctrina de la *trasmigración* de las almas de mundos en mundos al través del infinito de los cielos. No titubeamos en proclamar, aquí de nuevo, que esta es la única forma racional bajo la cual la ciencia moderna puede autorizarnos para definir el estado de la inmortalidad del alma y las regiones de la vida eterna.

C. F.

SEGUNDO DIALOGO.

LA RELIGION.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

SEGUNDO DIALOGO.

SEGUNDO DIALOGO.

SEGUNDO DIALOGO.

LA RELIGION.

La naturaleza.—Conversacion en la cima del Vesubio al salir el Sol.
—Discusion sobre la vision del Coliseo.—Los sueños.—Continuacion del problema del estado primitivo de la humanidad.—Revin-
dicacion de la ley del progreso y del poder de la razon humana.—
Argumentos del catolicismo.—Las religiones y la religion.—La
fé en la accion milagrosa de Dios, es una *idea* en el hombre.—El
cristianismo y el libre exámen.—Dios y la inmortalidad.

Los mismos amigos Ambrosio y Onofre, que me habian
acompañado en Roma durante el invierno, en la época
de la vision precedente, me acompañaron á Nápoles du-
rante la primavera. Diversas conversaciones filosóficas
se entablaron de vez en cuando entre nosotros durante
nuestro viaje, conversaciones á menudo importantes y
á las que la diversidad de nuestras opiniones imprimió
un carácter de discusion formal. Será interesante traer

aquí uno de estos diálogos, que tuvo lugar una noche en la cima del Vesubio. La naturaleza de estas meditaciones se encuentra en conexión con la visión del Coliseo, y presenta un doble aspecto científico y filosófico.

Habíamos llegado con alguna dificultad al borde del cráter y admirábamos la maravillosa escena que nos rodeaba. Pronto nos encontramos instalados en la cima, como sobre el terrado de un observatorio, y la conversación comenzó acerca del gran espectáculo que se desplegaba á nuestra vista.

«Difícil es decir si domina en este espectáculo la sublimidad ó la belleza, observó desde el principio *Philaléthès* (1). La naturaleza aparece tan pronto sonriente y tan pronto sombría, en su actividad como en su reposo. ¡Terrible volcan! ¡qué fuerzas estarán encerradas en este colosal laboratorio de la naturaleza, con sus fuegos incesantes, sus truenos y sus relámpagos subterráneos, sus torbellinos de humo, sus lluvias de piedras y sus ríos de lava en fusión! ¡Qué contraste entre la oscuridad del cráter, las ruinas y desolación que lo rodean

(1) Este tercer personaje parece representar al mismo Sir Humphry Davy (*).

C. F.

(*) En efecto, *Philaléthès* en griego significa Amante de la verdad.

(N. del T.)

y la frondosa escena de allá abajo! Allá, vemos ricas campiñas cubiertas de lúpulo, maíz y mijo, atravesadas por calles de árboles que sostienen graciosas y verdes guirnaldas de vides; los naranjos y limoneros cubiertos de dorados frutos, tapizan los abrigados vallecillos; los olivares se extienden en las costas; islas teñidas de púrpura por los rayos del sol poniente, salpican el mar en el occidente, y el cielo se halla coloreado de un tinte rojizo que insensiblemente se confunde con la pura luz del azulado espacio; las lejanas montañas aun conservan una parte de las nieves del invierno; pero cuando reflejan los rayos del sol poniente, parecemos ver á estas nieves confundirse y brillar como una antorcha sobre el mar. ¿Ante este gran espectáculo no parece el hombre ser el émulo de la naturaleza? La ciudad estendida á nuestros pies está en actividad; la bahía cubierta de barcos, una multitud bulliciosa llena la playa; por todos lados se ven en movimiento las obras de la sociedad civilizada: aquí casas en construcción; allá, buques en astillero; mas allá, una fábrica de jarcia, y en la lejana campiña, los trabajos del labrador; no solo vemos desde aquí este vasto conjunto de artes útiles, sino que también podemos adivinar, desde donde nos hallamos, las diversiones de una capital algo frívola. ¿No reparais allá abajo, aquel pueblo mezclado que rodea á un polichinela, aquellos grupos que se apiñan alrededor de las

barracas, y aquellos lazaroni, que cifran su dicha en comer y sobre todo en beber.

AMBROSIO.—No tenemos solamente bajo nuestras miradas el poder y la actividad del hombre tal como existe en nuestro siglo, poder del cual nos presenta un magnífico símbolo el vapor, que parte en este momento para Palermo, sino que podríamos ver también escenas capaces de trasportarnos al seno de la antigüedad, y por decirlo así, hacernos revivir en los tiempos de los siglos que desaparecieron. Aquellos pequeños edificios cuadrados, apenas visibles en lontananza, son las tumbas de los hombres que fueron ilustres entre los primeros colonos griegos del país; y esas filas de casas sin techumbre, que parecen estar en construcción, forman una ciudad romana, restaurada de sus cenizas, ciudad que durante siglos ha estado como borrada de la tierra (1). Cuando se la estudia en sus pormenores, cuesta trabajo desprenderse de la ilusión de que es una nueva ciudad que se levanta; se siente uno tentado á preguntar en dónde se hallan los obreros, tan bien conservados están sus muros, tan frescos y vivos han conservado sus colores. ¿Me permitireis que os diga que para mí no le falta nada á esta escena, para hacer de ella un magnífico compendio de cuanto hay de admirable en la naturale-

(1) Pompeya.

za y en el arte? pero ¡cuánto mas bella encontraría esta miniatura si se pudiesen añadir á todas estas riquezas, un hermoso rio y una cascada!

PHILALETHES.—¡He aquí una idea singular! ¡Experimentais la necesidad de hacer adiciones á una escena que es imposible abarcar en una sola mirada y sobre todo que presenta á la vez tantos temas á la memoria, á la imaginación y á los sentidos! ¡Y bien! justamente hay un rio, entre Nápoles y Castellamare; desde aquí podeis distinguir su plateado caudal y hasta en lontananza, su impetuosa corriente. Dejadme añadir á mi vez que, si sois geólogo, encontrareis aquí una tan particular colección de objetos de estudio que no se descubre á primera vista en el aparente espectáculo que nos rodea. El paisaje de Somma, por ejemplo, que está ante nosotros, ofrece el ejemplar notable de una montaña formada de depósitos marinos, y que se ha levantado á impulsos del fuego subterráneo; y allá abajo, en la base, aquellas vetas singulares y anchas que se ven desde aquí elevarse al través de la sustancia de las capas, están compuestas del pórvido volcánico: ellas nos dan un ejemplo auténtico del modo de generación de las rocas y de las formaciones minerales.

ONOFRE.—Pasando por Pórtici, en el camino que rodea la base del Vesubio, me parece haber visto una piedra que tiene una antigua inscripción romana, y

que se encuentra incrustada en la portada del palacio moderno de los Barberini.

PHILALETHES.—No es una circunstancia muy extraña; la mayor parte de las piedras que han servido para construir el palacio de Pórtici, habian sido ya empleadas, hace mas de dos mil años en las construcciones levantadas por los Romanos ó los colonos Griegos; es un hecho digno de notarse que los monumentos de Herculano, ciudad cubierta de lava y de cenizas desde la primera erupcion del Vesubio de que habla la historia (hace mas de 1,700 años) deben de haber sido construidos con materiales volcánicos, productos de alguna accion antihistórica de la montaña. Es todavía un tema interesante de meditaciones, pensar que el hombre, no escuchando ni la voz del tiempo, ni las advertencias de la naturaleza, haya continuado, durante tantos siglos, edificando sus ciudades con materiales volcánicos y en estas regiones tan espuestas á las fuerzas destructivas de la naturaleza.

ONOFRE.—Esta última reflexion me recuerda una idea que Philaléthès ha emitido, al contarnos el sueño original que nos ha presentado como verdadero. Es que los hechos importantes que pueden ser útiles al mundo, no se pierden jamás y pueden ser comparados con estas piedras que, cubiertas de cenizas ú ocultas bajo ruinas, están seguras, no solo de ver otra vez el sol, sino tam-

bien de ser utilizadas, en el porvenir, bajo alguna nueva forma.

AMBROSIO.—No admito del todo la exactitud de la analogía de que habla Onofre. En cuanto á la famosa vision, desearia de buena gana, oírse la explicar á Philaléthès. La considero como una especie de resúmen poético de sus opiniones filosóficas, y creo sencillamente que dicho sueño no es otra cosa, para mí, que una red habilmente tejida por su imaginacion, para sorprendernos como á pobres moscas que revoloteando en alas de la curiosidad se dejan coger á la primera asechanza.

PHILALETHES.—Estais en un error Ambrosio. Si persistís del todo en esa creencia, os concederé que el sueño no se ha efectuado por completo en el Coliseo; pero sea en este lugar, sea en otras circunstancias, estas cosas me han aparecido realmente durante mi sueño. Una vez me pareció, sin duda alguna que abandonaba la tierra y remontaba mi vuelo por el espacio infinito, bajo la direccion de un genio tutelar. El origen y los progresos de la sociedad civil son, del mismo modo, partes de otro sueño que tuve hace algunos años; y en el delirio en que quedé sumergido cuando me dejasteis en el Coliseo, fue cuando reuní todas aquellas ideas y les di la forma bajo la cual se sucedieron en esta vision.

AMBROSIO.—Entonces, podemos sin duda alguna

considerarle como la representacion exacta de vuestras verdaderas é íntimas convicciones.

PHILALETHES.—Desde luego. No estoy, sin embargo, convencido del todo de que los sueños sean siempre la representacion exacta del estado de nuestra alma. Ciertamente, no hay en absoluto nuevas ideas producidas durante el sueño; y á pesar de todo, he experimentado en el curso de mi vida, mas de un caso de combinaciones extraordinarias efectuadas en mi espíritu durante el sueño y que han tenido una influencia considerable sobre mis sentimientos, sobre mi imaginacion y sobre mi salud.

ONOFRE.—¡Eh! Philaléthès, ¿no vais á llegar á ser visionario con tales ideas? ¿No temeis ser considerado como Jacob Bæhme y Emmanuel Swedenborg? En los pasados siglos, habriais podido ser un profeta, sin duda, un Mahoma científico.—Si fuérais tan amable que nos mostrárais uno de esos ejemplos que han producido una influencia tan maravillosa en vuestra imaginacion y sobre vuestra salud; podríamos asi formar algun juicio acerca de la naturaleza de vuestra doble vista, juzgar si hay en ella alguna base formal, ó si no es todo esto mas que, como creo en realidad, invenciones gratuitas de la fantasía, sueños sobre sueños.

PHILALETHES.—Confieso mis queridos compañeros, que no espero de vuestra parte, mas que, una franca

incredulidad. Me espongo al ridículo en todo lo que os voy á contar. Dejadme entre tanto confiaros una sencilla historia. Hace como sabeis cerca de 25 años, tuve una gran enfermedad, de aquella forma terrible conocida bajo el nombre de fiebre tifoidea (ó de las prisiones) mientras estaba ocupado en construir un sistema de ventilacion en una de las grandes cárceles de Lóndres. La fiebre era alta y peligrosa; mientras que duraba, mi delirio y ensueños fueron muy penosos; pero cuando la debilidad siguió á la fiebre y cuando, para mis médicos, la probabilidad de morir parecia mayor que la de conservar la vida, se operó un cambio completo en la disposicion de mis ideas. Caia y permanecia algun tiempo sin conocimiento y en un estado letárgico. Pero durante este estado; mi espíritu estaba en completa actividad: tenia ante mí la figura de una jóven agradable, con la que me encontraba empeñado en una conversacion muy interesante y no ménos espiritual.

AMBROSIO.—La imágen, sin duda, de alguna dama á quien amábais?

PHILALETHES.—No tal: es verdad que amaba entonces apasionadamente, pero el objeto de mi amor era una bella jóven morena, tipo Luis XV, de fisonomía española, con los ojos brillantes, cejas delicadas, finamente arqueadas y de negro cabello: mientras que por el contrario, mi aparicion tenia cabello castaño claro, con re-

flejos de oro, ondulados modestamente, el matiz de sus ojos era como el horizonte del azulado mar, un color ligeramente sonrosado, y todo de lo que puedo acordarme es, que no se parecía, bajo ningun aspecto á ninguna de las formas que exaltaban mis ideas amorosas de la primera juventud. Durante muchos dias, su rostro quedó tan claro ante mi alma que llegó á ser casi una imagen visual. A medida que recobraba mis fuerzas estas visitas, de mi ángel bueno, pues así era como yo le llamaba, se hicieron cada vez ménos frecuentes, y cuando recobré del todo la salud, cesaron completamente.

ONOFRE.—No veo nada de extraordinario en todo esto, no es mas que una reaccion del sistema nervioso, despues de vuestra gran debilidad; y, para un jóven de veinte y cinco años, hay pocas imágenes tan agradables como la de una jóven de ojos melancólicos, de aspecto juvenil y ondulante cabellera.

PHILALETHES.—Pero si añado que todos mis sentimientos y todas mis conversaciones con la vírgen de mi vision, fueron siempre de una naturaleza pura y esencialmente intelectual?

ONOFRE.—Sí, posible es—mientras estábais enfermo!

PHILALTHE.—No os permito mojaros de este incidente, hasta que hayais oido la segunda parte de mi historia.

Diez años despues de haberme restablecido de la fiebre, en una época en que casi todo el recuerdo de mi vision se habia desvanecido, el mismo objeto de esta vision, se me presentó bajo la forma de una jóven muy bella y graciosa, de catorce á quince años que encontré por casualidad durante mis viajes á la Iliria; no tendré que decir sin embargo que la impresion que me produjo en el alma esta jóven habia sido muy poderosa. Ahora llega la parte estraña de mi historia.

Diez años despues, es decir veinte años despues de la fiebre, estando de nuevo estremadamente débil, á consecuencia de una enfermedad muy grave, que durante muchos meses, amenazó sériamente mi vida y estando mi alma abatida en un estado de tristeza y laxitud profunda, volví á encontrar, en un viaje que hice para restablecerme á la misma persona que se me habia presentado en mis visiones, y de la cual la jóven, durante un momento me habia representado ya, la viva imagen. Ahora bien *á la bondad y á los cuidados de esta persona debo todo lo que me queda de existencia*. Mi tristeza desapareció gradualmente, y, aunque mi salud era siempre débil, la vida volvió á ofrecerme de nuevo algunos encantos, cosa que creia me habia de ser negado en adelante; de modo que nada me ha impedido identificar al ángel viviente actual con el angel tutelar de las visiones de mi juventud.

ONOFRE.—En verdad que no veo nada de particular en este hecho (ni en la primera ni en la segunda parte) mas que la influencia de una imaginacion sobreescitada por la enfermedad. Desde la juventud hasta la vejez, la mujer es nuestro ángel tutelar y nuestro consuelo; y es muy probable que la interesante persona que os cuidó en vuestra última enfermedad, os haya impelido hácia vuestros recuerdos de la vision, —mucho mas si sus ojos eran verdes y su cabellera, rubia como el oro! Nada hay mas vago que las imágenes representadas en el sueño durante la fiebre y en un estado tan susceptible del sistema nervioso; y por consecuencia de vuestra ultima enfermedad, casi toda forma llegó á ser la representacion de vuestro ángel imaginario. Asi es como, por el poder de la imaginacion, las formas materiales se revisten de atributos sobrenaturales y de la misma manera han revestido las formas de la mortalidad las divinidades imaginarias. Los dioses mitológicos no han sido jamás, á mi parecer, en todos sus caracteres y atributos, sino seres humanos personificados. La forma angélica que atraviesa el sueño de una joven ardiente y enamorada, que habiendo perdido el objeto de su pasion terrenal, eleva hácia el cielo su alma desconsolada, lo mismo que el emblema de la cobardía ó el demonio de la cólera, son unos y otros, personificaciones humanas mas ó menos modificadas por la fantasía ó el delirio.

AMBROSIO.—Con la tendencia que mostrais á creer que hay algo análogo á una influencia sobrenatural ó divina, en el espíritu humano, me admira en verdad, mi querido Philalèthes, que haya tanto esceptísimo en vuestro sueño del Coliseo. Consentireis en permitirme, que os recuerde un instante vuestro sueño, y que os diga francamente que vuestra manera de juzgar el estado primitivo del hombre despues de su primera creacion me parece no solo incompatible con la razon, sino tambien contrario á la revelacion y á todo lo que se sabe de la historia y de las tradiciones de las primeras naciones de la antigüedad?

PHILALETHES.—Os ruego Ambrosio que seias mas esplicito en vuestras objeciones, á fin de que pueda responder á ellas. Mientras esperamos la salida del sol, sentémonos sobre estas piedras en donde nos dará calor la proximidad de la corriente de lava y donde podremos discutir el asunto á placer nuestro.

AMBROSIO.—Os representais al hombre, en su estado primitivo, como un salvaje semejante al aborigen de la Australia ó de la Nueva-Zelanda, que, con el pobre ejercicio de una débil inteligencia, adquiere simplemente el poder de alimentarse y perpetuar su vida. Al presente, afirmo que si el hombre se hubiera creado de esta suerte, hubiese sido destruido inevitablemente por los elementos ó devorado por las betias feroces, tan superiores

á él por la fuerza física. Es preciso pues que haya sido formado con inclinaciones ó facultades instintivas de una variada naturaleza; que haya recibido una perfeccion de forma, y un uso de órganos apropiados al destino del que debía llegar á ser el señor de la tierra. Tambien me parece que la historia contada por el Génesis acerca de la primera pareja humana, colocada en un jardín enriquecido con todo lo necesario á su existencia y felicidad, con la obligacion de crecer y multiplicarse, está en perfecta armonía con la razon, y de acuerdo con un justo aspecto metafísico del espíritu humano.

El hombre tal como existe en la actualidad, no puede ser elevado de su estado de infancia á la virilidad, sino con gran dificultad y cuidado; todos sus movimientos son al principio automáticos y no llegan á ser voluntarios sino por la asociacion; debe aprenderlo todo por procedimientos lentos y difíciles; muchos meses se pasan antes que pueda tenerse en pié, y muchos años antes de que pueda procurarse por sí mismo los alimentos mas indispensables de la vida. Sin madre ó sin nodriza, moriría en algunas horas, y sin el duro trabajo de la instruccion y el ejemplo, quedaria idiota é inferior á casi todos los demás animales. No adquiere la razon, sino poco á poco y hasta en su mas alto grado de perfeccionamiento, se halla con frecuencia incierto y aun vacilante; por consecuencia se sigue de aquí, que ha de-

bido ser creado con instintos que durante largo tiempo reemplazaron á la falta de razon que ha sido formado capaz, desde el primer momento de su existencia, de responder á sus necesidades, llenar sus deberes y gozar de la vida en todo su poder y actividad.

PHILALETHES.—Que tiene alguna fuerza vuestro razonamiento, lo admito, pero no tanta como parece que-reis atribuirle. Supongo al primer hombre dotado de ciertas facultades instintivas, tales como las que presentan en la actualidad los rudos salvajes del hemisferio austral: lo supongo, desde luego, creado con el uso de órganos defensivos y ofensivos y con pasiones é inclinaciones que le ayudarán á proveer á sus propias necesidades. Pero á vuestras historias vagas y tradicionales, opongo el hecho de las razas actualmente en este estado; su progreso gradual desde el estado primitivo de la sociedad, hasta el de la mas alta civilizacion, puede, segun creo, deducirse fácilmente del ejercicio de la razon ayudada por la influencia de los poderes morales y de las circunstancias físicas.

Me represento sin trabajo que la casualidad haya tenido alguna influencia al ofrecer la primera base para determinadas artes: un clima donde el trabajo no sea demasiado penoso, y donde es indispensable la industria para responder á las necesidades de la vida, debe haber impulsado la raza en sus primeros pasos hácia el

progreso. Donde la naturaleza es una madre demasiado buena, el hombre es generalmente un niño mimado; donde es una madrastra, él tiene todo su poder virtual agotado y esterilizado.

Los pueblos del Sur y del Norte, así como los que habitan los trópicos, nos ofrecen hoy la prueba de la verdad de este principio; y es muy posible encontrar hasta el presente sobre la superficie de la tierra, todas las diversas gradaciones de la sociedad, desde aquella en que el hombre apenas se levanta por encima del bruto, hasta aquella en que parece alcanzar en su elevada naturaleza una inteligencia divina. Además la razón es el don más noble que Dios ha dado al hombre, y no puedo suponer que un Creador todo poderoso, con una sabiduría infinita haya dotado á los primeros habitantes del globo de una proporción mayor de instinto que la que era necesaria para conservar su existencia, y que no haya querido dejar el progreso de su mejoramiento al trabajo, al desarrollo y á la elevación de sus facultades intelectuales (1).

(1) No solo está contenido en estos argumentos el progreso orgánico de las razas, sino también y sobre todo el progreso intelectual de la humanidad. Las últimas discusiones de fisiología zoológica por una parte, las observaciones hechas por otra, en los grandes viajes recientemente efectuados entre las tribus negras del África y entre las Picles-Rojas de América, establecen elocuentemente que las va-

AMBROSIO. — Me parece que habeis olvidado en vuestro argumento, la influencia que una raza civilizada debe tener sobre las salvajes muchas naciones que creéis se encuentran hoy en su estado primitivo, pueden haber descendido de naciones en otro tiempo civilizadas. Indicar el retroceso ó el adelanto de un pueblo, es igualmente fácil. Las tribus bárbaras que habitan el Norte de África, son probablemente descendientes de los Cartagineses, tan opulentos, tan comerciantes y tan ingeniosos, que en otro tiempo lucharon con Roma por el imperio del mundo. Hasta cerca de nosotros podemos encontrar en el mediodía de Italia ó islas adyacentes, las pruebas de una degradación menos marcada. Sostengo, pues, que la civilización de las primeras razas patriarcales, pobló el Oriente y pasó á Europa saliendo de la Armenia, donde la tradición ha colocado el Paraíso terrenal. La antigua civilización de esta raza, no puede ser sino la consecuencia de un privilegio particular, señalado por un carácter mucho más elevado que el del

riedades tan numerosas de la especie humana progresan por el ejercicio de sus facultades intelectuales y se desarrollan á expensas de sus retrocesos, los que desaparecen más ó menos tarde, ya sea rápidamente por las guerras, ya lentamente con la sola importación de las costumbres de los pueblos civilizados.

estado salvaje. Los patriarcas hebreos parecen haber quedado largo tiempo en el estado de grupos de familia— estado el menos apto para el descubrimiento de las artes, y sin embargo, su fé tenia la mas sublime forma en su religiosa grandeza; porque profesaban el culto de la inteligencia única y del Sér supremo, verdad que no fue encontrada sino despues de mil años de civilizacion, de trabajos intelectuales y de esfuerzos gigantescos por los sábios de la Grecia.

Es evidente que en la historia de los Judíos, nada hay mas conforme con nuestras ideas de analogía, que esta série de acontecimientos. Nuestros primeros padres fueron creados con todos los elementos necesarios á su vida y á su dicha; no tenian que llenar mas que un deber, el probar al Creador su obediencia, su amor y su sacrificio. En esto pecaron; y la muerte ó el temor de la muerte, llegó á ser una maldicion para su raza; pero el padre de la humana familia se arrepintió, y el poder intelectual con que la revelacion lo habia revestido, se trasmitió á sus hijos, mas ó menos modificado por su razon instintiva.

Sin embargo, hubo una rama de estas criaturas, que habiendo conservado sus poderes y sus facultades propias, brillaron ante la razon por su fé, por el culto puro hácia Jehová, mientras que muchos hermanos de la misma familia cayeron en la idolatría, y la luz celeste

se perdió en la confusion de sus sentidos. El Sér todopoderoso, adorado solamente por los Israelitas como una palabra misteriosa, fue olvidado en muchas naciones vecinas, por la adoracion de hombres y de animales, así como de ciertas partes del universo visible y hasta las piedras. La dificultad que los divinos legisladores de los Judíos tuvieron para conservar la pureza de su fé, en medio de los idólatras que les rodeaban, es una prueba de la mala tendencia del espíritu humano despues de la caida. Y si queremos tomarnos el trabajo de considerar la naturaleza de la ley de Moisés, y la manera como fue suspendida antes del fin del imperio romano,—el sacrificio expiatorio del Mesías,—el temor de la muerte destruido por la esperanza de la inmortalidad, establecida en Cristo resucitado,— y los triunfos del cristianismo sobre el paganismo en el tiempo de Constantino,— creo que no se puede dejar de reconocer la verdad lógica de la religion revelada, basada en la historia primitiva del hombre. Ahora bien, el que recozca la justicia de esta verdad, debe estar, segun creo, poco satisfecho del cuadro que ha trazado Philaléthès, ó su Génio del pretendido progreso de la humanidad, en el cual no se encuentran mas que resultados vagos y falsos de la razon humana, demasiado envanecida.

ONOFRE.—Temo ofenderos, mi querido narrador; sin embargo, no puedo menos de defender los resultados

filosóficos debidos al ejercicio de la razon humana, á la cual es preciso confesar no atribuí todo su verdadero valor. Participo de la opinion de Philaléthès, en que el don mas noble que Dios ha concedido al hombre es el de *la razon*. Por lo tanto, no puedo admitir que vuestra manera de considerar la condicion humana en el Paraiso terrenal, la caida y el progreso de la sociedad, está en manera alguna conforme con las ideas que debemos formarnos acerca de las intenciones de un sér poderoso é infinito. Por otra parte, hablais de la exactitud de vuestras opiniones; evidentemente, ó vuestras ideas sobre la razon difieren de las mias, ó hemos adoptado diferentes formas de lógica. En cuanto á mí, no encuentro en la historia bíblica ninguna idea de una Inteligencia suprema, conforme á la de los filósofos griegos; al contrario, encuentro á Jehová, pintado como un poderoso sér material, dotado de órganos, de sentimientos y de pasiones semejantes á las de un gran agente humano. Se le representa habiendo hecho al hombre á su imágen, paseándose por el jardin al fresco de la tarde, contento de los sacrificios de acciones de gracias, enojándose contra Adán y Eva, maldiciendo á Cain por su fratricidio, y hasta proporcionando á nuestros padres vestidos destinados á ocultar su desnudez. Mas adelante aparece bajo una forma material en medio de las llamas, los truenos y los relámpagos, con su residencia fija en el aire, se-

gun las ideas de los Levitas. En todas las Escrituras su poder es únicamente puesto en parangon con los dioses paganos, y en la estraña escena que pasa en el palacio de Faraón, parece haber medido sus poderes con los de algunos mágicos ó profetas, y no haber probado su superioridad sino con hechos aun mas terribles. En la historia entera de la nacion judáica, no hay concepcion alguna que se aproxime á la sublimidad de la de Anaxágoras, cuando nombra á Dios la *Inteligencia* ó *νοῦς* (1); Jehová parece siempre, por el contrario, como el Génio de un cuento árabe, teniendo su morada en las nubes, descendiendo sobre una montaña, instigando al pueblo de su eleccion á cometer los mas atroces crímenes para exterminar á todas las razas que no pertenecian á la misma fé, y destruirlo todo, hasta los niños, y de éstos

(1) Los esfuerzos de la imaginacion griega, de la que se ha visto un tan notable ejemplo en Xenofanes (V. *Dios en la naturaleza*, lib. V), para la concepcion pura de la inteligencia divina y hasta el politeismo en su adoracion á las fuerzas de la naturaleza divinizada, constituian un deismo mucho mas elevado que el de los Hebreos, y aunque el del cristianismo en la época de Constantino, en la que la tendencia á representarse á Dios bajo la forma humana, ó antropomorfismo, era muy sensible. Se ha calumniado demasiado al politeismo para no defenderlo un poco ahora, declarándose deista sin ser por eso panteista.